

Quero 20/1/74

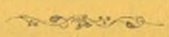
Tesoro de Autores Ilustres

LUMEN.

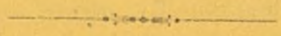
HISTORIA DE UN COMETA EN EL INFINITO

POR

CAMILO FLAMMARION.



Entregas 36 , 37 , 38 . 39 , 40 , 41 , 42 y 43.

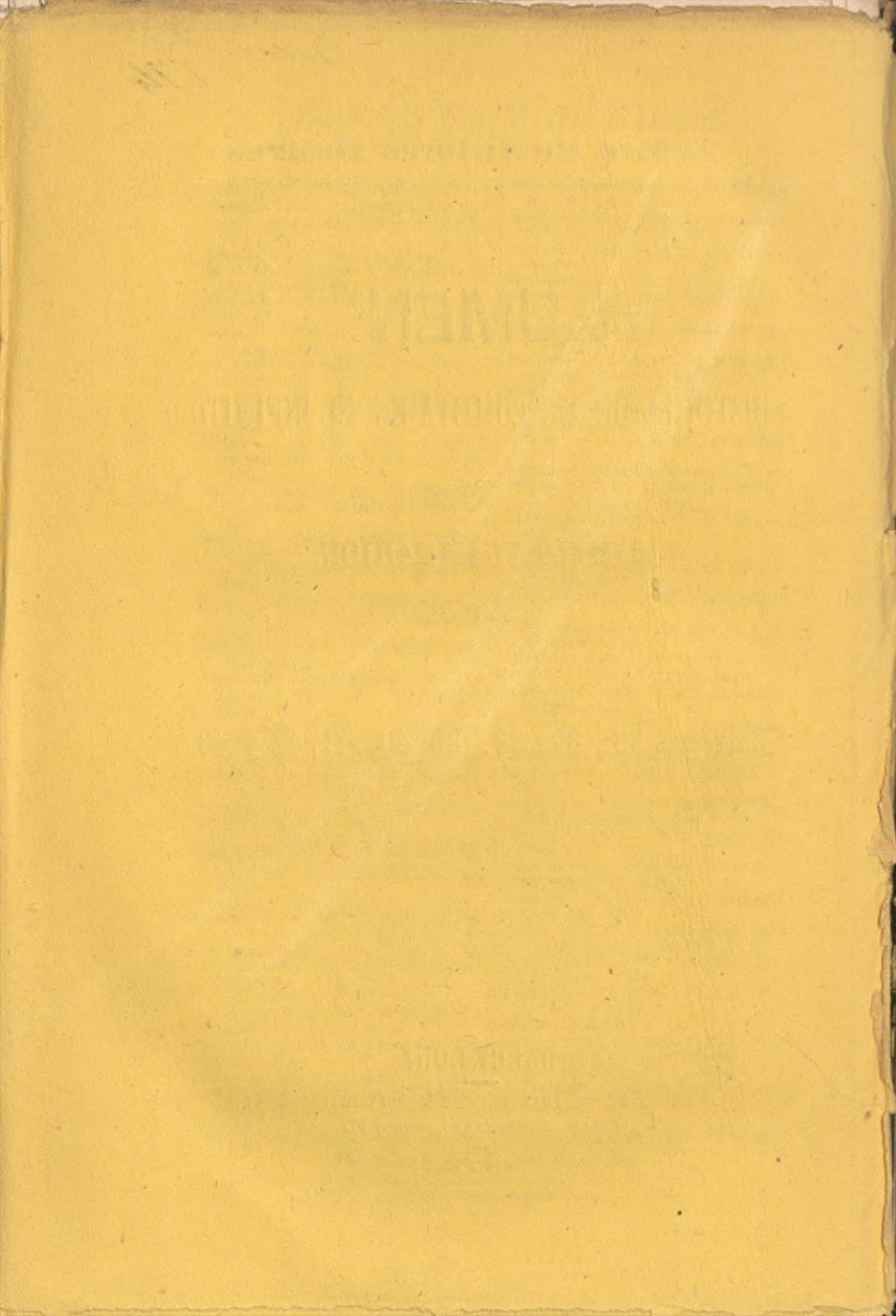


BARCELONA

LIBRERIA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR-IMPRESOR,
CALLE DE ESCUDILLERS, NÚMERO 57.

1873.

L47
2653



47-2653

ó mejor dicho, la mas larga porcion de su vida entre los patricios del imperio solar, el Cometa esperimentó á su vez una especie de contágio y tornó á adquirir algun tanto de su antigua altivez por efecto de su roce. Sostúvose su atencion en la misma igualdad durante un espacio de cuarenta mil años próximamente, pero despues pareció sentirse algo fatigado, y así llegó resueltamente; pero con menos impaciencia, al buen tiempo.

Empezó entonces por habituarse al espectáculo terrestre, compartiendo su atencion entre la Tierra y los demás planetas, en los cuales íbase fijando con mas atencion á medida que se aproximara á ellos y les observara de cerca; y de seguida como otras veces pudo apreciar en su verdadero valor bajo el punto de vista comparativo, las diferencias bien poco ventajosas por cierto que ofreciera nuestro globo respectivamente á los otros.

Allí permaneció por espacio de veinte mil años, temiendo que las esferas superiores no alcanzaran á reconquistar la supremacia que habian tenido primitivamente en su espíritu. Y entretanto progresaba la Tierra con mucha mas rapidez que ellos, en atencion á ser indudablemente mas jóven; y cambiando con mas facilidad la escena en la época de la formacion terciaria, el Cometa logró el privilegio de atraer en su favor la atencion general, que estuvo antes momentáneamente distribuida entre los otros mundos.

AURORA

I

Por pequeño que fuera y modesto en la escala gerárquica de la creacion, el globo terrestre, merecia la atencion del célebre viajero, que parecia honrarse con ella. No son ciertamente las proporciones de la talla, de la magnitud ni del peso lo que constituye el valor de la criatura, puesto que esa criatura misma, producto de una potencia infinita, trae impreso en su frente el sello indeleble de su Autor. Cualquiera objeto tomado de la naturaleza, por pequeño é insignificante que parezca, es tan admirable como otro mayor cualquiera, y ved ahí precisamente el carácter propio de la Omnipotencia, que podremos comparar al Sol, reflejado con tanta plenitud en una gota de agua como en el Océano. La inteligente cosmopolita no se limitó á observar, sin hacer ciertas objeciones fundadas en la contemplacion de la naturaleza, y en sus vigili-
as soli-

tarias debió elevar indudablemente el globo terrestre al rango que debiérale estar asignado por derecho de nacimiento. Una diadema divina coronaba sus títulos de nobleza.

Por lo demás, la Tierra iba revelando poco á poco y desarrollando la grandeza de su origen: salía insensiblemente de sus pañales primitivos, despojándose de todo lo informe, para elevarse hasta el grado de su belleza. Nacia ya la elegancia.

II

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS

Antiguamente los animales y las plantas tenían una aspereza sin atractivo hasta la frialdad, mas ruda: los árboles, de una vegetación austera, no producían flor ni fruto; los animales estaban desprovistos de piel, de vellón, de plumaje y de todo género de adornos; pero en la época de que ahora nos ocupamos, empezaban á notarse ya flores y frutos en el primer reino de la naturaleza, y lujosos atavíos en el segundo: la familia de los protáceos ostentaba en los bauksias sus magníficos ramos fructíferos.

Las mimosadas presentaban ya las acacias y las jugas que aun hoy se encuentran confinadas en la lejana

Australia : los abedules , los hojaranzos , los alisos , elevábanse junto á los pinos y á las palmeras , al lado de los tejos y de los cipreses , sin estar como hoy separados por las leyes de la distribución geográfica ; en las lagunas , en los estanques , en las riberas mismas veíanse todavía crecer la cola de caballo , los castaños acuáticos , y las gigantescas flores ninfeáceas abrían ya sus hermosas nemifaras en la superficie de las tranquilas aguas.

¿Para qué miradas aparecía todo esto en la Tierra en su aurora? ¿para qué oídos las armonías de la naturaleza suspiraban lánguidas entre el ruido de los mares y el murmullo del follaje? ¿porqué las profundas selvas cruzábanse en sus silenciosas soledades , habrían sus maravillosas perspectivas y desplegaban su alfombra satinada por las irregularidades de la luz? ¿sobre qué frentes reflejan su plateado brillo los rayos de una luna plácida en esas noches silenciosas , coronadas de fulgentes astros , en medio de una calma poética? ¿por qué tantos esplendores , tantas magnificencias? ¿por qué esa irradiación fúlgida del cielo , el verdor matizado de las praderas y de los risueños valles , las brisas perfumadas del campo , el suspiro sonoro de los céfiros en la enramada de los jardines y de los bosques , cuyas frondas se agitan con un temblor metálico? ¿por qué esos espectáculos tan espléndidos de la Tierra , de los aires y de las ondas? ¿por qué ese cielo de los

días y esas estrellas radiantes de la noche, esa atmósfera azulada, esas nubes multicolores, donde se proyectan mil cambiantes de coloreado matiz lumínico, esos nacarados rayos, dorados á veces por el destello del crepúsculo, esas apariciones celestes del arco-iris y del meteoro?... ¿Por qué tanto trabajo, por qué tanto aparato por parte de la naturaleza, cuando ninguna inteligencia habia aun capaz de apreciarlos en la Tierra?

En el país donde brilla en la actualidad el mundo civilizado, en esta comarca donde hoy se eleva la gran capital de Francia, todavía se agitaban las tumultuosas aguas del Océano en aquella época: los sitios correspondientes á esta nación, en la actualidad, ningun indicio daban á la sazón de la forma que hoy presentan, puesto que era un conjunto de lagos y de penínsulas. La mar bajaba mas su nivel que el de Paris hasta Bourges; de Valenciennes hasta Saint-Ló podíase únicamente seguir á flor de agua la cadena irregular de la formación cretácea: la plataforma de Langres databa del período jurásico y dominaba este último mar; las altas cumbres que Langres debiera coronar un día con sus aspilleras torres, aquellos sitios abruptos que Julio César debiera iluminar despues con sus hogueras, á las cuales Montigny-le-Roi arrebató el rayo de su nombre; las cavernas inaccesibles donde Sabino debió ocultarse un día de la cólera del águila romana, esas

alturas mismas vigilaban ya en aquellos tiempos remotos las ondas antediluvianas. La antigua Auvernia, lo mismo que la Bretaña á la izquierda y los Alpes á la derecha, ocupaba despues de los siglos remotos de la época primitiva, su altura continental, mientras que Lyon, Tours, Paris y Dunkerque yacian aun en el fondo de las aguas; de suerte que durante la época terciaria, esos terrenos salieron á la superficie por un período, sino definitivo, por lo menos bastante considerable.

Los predecesores de esas especies mismas de animales que hoy existen, escalonábanse por el orden gradual de su aparicion en la Tierra. Despues de la existencia de las aguas, vinieron los anfibios, á los cuales siguieron los séres nacidos para la Tierra firme; y tanto es así, cuanto que es un hecho providencial é inconcuso, y nada de fortuito en la creacion que la sucesion de las especies fué reglamentada por la autoridad de las leyes eternas.

Los primeros entre los cuadrúpedos mamíferos fueron los paquidermos: palæothérium, anoplothérium, xifodon, intermediarios por su organizacion entre el rinoceronte, el caballo y el tápir. El primero, grande como un caballo, tenia la cabeza de tapir con la trompa carnosa, los ojos pequeños y apagados y las piernas sólidas. El segundo tenia por el contrario las piernas enormes y además una cola de un metro de largo, que

le servia de timon para atravesar los lagos y sus riberas. El tercero era una especie de rupicabra ó gamuza graciosa, tímida y veloz.

Quedaba aun el cofiodonte, cuya talla varía, segun las especies, desde la del conejo hasta la del rinoceronte; el chiropótamo que habitara los rios. En los mares, donde el mososauro, cuya mandíbula de un metro de largo se ofrecia como una reminiscencia del período cretáceo, mostraba á veces en determinados intervalos una cabeza enorme á flor de agua, mientras que entre los cetáceos mas inofensivos figuraba el delfin en primer orden.

Relativamente á nosotros, la poblacion de la Tierra conservaba el carácter extraño que nos sorprendió anteriormente, con referencia á las épocas anteriores.

Cuando llegó el Cometa cerca de la Tierra en la aurora de la primera época, hácia el período eógeno, (έως, aurora; reciente) pudo contemplar los paisajes en que la vida se desarrollara en la plenitud de sus progresos. La ley de los destinos se reveló en aquel espectáculo: y calculando que una fuerza de voluntad desconocida presidiera la formacion de esta pequeña esfera, preparaba indudablemente una morada digna de recibir el cetro de todo un mundo.

La atmósfera purificada ya, permitia al Sol derramar á manos llenas el torrente de sus rayos generadores; las aguas plácidas y tranquilas reflejaban la

pureza de un cielo nítido; mil plantas balanceaban en el aire su verde penacho y las primitivas flores engalanaban las riberas, besando el perfil de las tranquilas sola. Los rebaños poblaban retozones y alegres las campiñas y los felices habitantes del aire remontaban el vuelo hácia las regiones exelsas. La vida irradiaba en la aurora. Empezaban á desarrollarse ya las estaciones.

El cometa comprendió que el órden y método de la Tierra aproximábase de una manera sensible al de los mundos superiores. Habitado como todos los demás cometas á pasar por los estremos del calor y del frio, á aparecer junto al Sol en la época de cada una de aquellas ardientes canículas y á alejarse de él á prodigiosas distancias en los inviernos, mucho mas frios que los de la Tierra; contábase por dichoso siempre, por su natural bondad, al ver libres de sus rigores á ciertos mundos ¹. La Tierra hallábase en la condicion

¹ El Cometa debió justamente sorprenderse ante una uniformidad tan semejante. La elipse de ciertos cometas es tan grande, que en la época de su afelio deben sufrir una intensidad tal de frio, de que no podemos tener idea, al paso que en su perihelio pueden muy bien pasar tan cerca del Sol, que alcancen á experimentar un grado de calor igualmente inconcebible. Newton cree que el Cometa de 1680 recibe al pasar cerca del Sol veinte y ocho veces mas calor que el que nosotros recibimos durante el solsticio del verano, y que debe elevarse su temperatura dos mil veces á mas elevacion que la del hierro candente. El mismo naturalista añade que el destino de los cometas era el de caer sobre el Sol para sostener su ignicion. El autor de las *Cartas de la tumba* quiso indudablemente aludir á este fin deplorable, cuando escribia la estraña

feliz de los planetas, y esta consideracion volvía á ligarla mas y mas todavía á los otros mundos, de lo cual resultaba, al espíritu del Cometa, un sentimiento de placer en su favor. Empezaba pues á marcarse ya el grado categórico de la Tierra.

Esos progresos lentos, pero sensibles, producian al astro viajero mil complacencias paternas que hasta entonces fuéranle desconocidas. Cuando por la primera vez en un viaje, en el cual, por cierta predisposicion de todos los planetas importantes despues del Sol, habíase aproximado mas que otras veces á este astro, se apercebíó de la existencia de otros dos planetas situados entre la Tierra y el Sol; Mercurio y Venus. Procuró no distraer su atencion del lado de estos mundos, y renunciando al interés y hasta al placer de presenciar las primeras fases de su desarrollo, hizo un supremo esfuerzo para olvidarlos, como si realmente permanecieran aun en el caos, á fin de no distraer su pensamiento de la observacion esclusiva de nuestra Tierra.

singularidad siguiente: «Un poderoso cometa, aun mas voluminoso que Júpiter, aumentábase mas todavía en su marcha, amalgamándose con otros seis cometas ya algun tanto debilitados; y desviado de su ruta ordinaria, á causa de esos pequeños choques, no pudo volver á entrar ya de nuevo en el hilo de su órbita elíptica, de modo que este infortunado incidente vino al fin á precipitarle en el centro devorador del Sol.... Hay quien asegura que el pobre cometa abrasado vivo, lanzaba en su agonía espantosos gritos.»

En otra ocasion, al pasar cerca de Marte, pudo notar sobre ese globo una creacion sensiblemente análoga á la de la Tierra, y que podia inspirar los mismos derechos á la curiosidad de un viajero y los mismos estímulos; y como ya habia hecho con Venus y con Mercurio, dejó á Marte errante y solitario vagar en su órbita ideal, sin preocuparse de otra cosa que del globo terrestre en las épocas de sus pasajes en las regiones mismas donde él se agitara, deduciéndose de ese mismo hecho, que vuelto en sí de su indiferencia anterior con relacion á nosotros, estaba preferentemente atento á todo cuanto concerniera á nuestro globo.

Era la época de su centésimo viaje, á partir del primero que hemos relatado al principio de nuestra narracion, esto es, hácia el año trescientos cuatro mil seiscientos ochenta y nueve, cuando el brillante Cometa habia asistido al prelude de la grande época geológica que precedió á la en que nos hallamos en la actualidad. Cincuenta mil años mas tarde veia desaparecer esta fase eocénica. Dos mil siglos antes de nuestra era llegaba á la cumbre de la fase, á la cual se ha dado el nombre de miocena.

¡Aurora! mañana de la vida, luminoso origen!

Mas tarde, las formas físicas de la existencia habrán adquirido indudablemente una elegancia mas esquisita, una belleza, mucho mas delicada y perfecta; pero

en esa época la savia de una primavera universal sentíase brotar de todas las raíces y elevarse á todas las cimas: mas tarde el progreso incesante continuará su obra reparadora y santa, pero entonces todas las fuerzas de la naturaleza estarán en plena actividad, pre-disponiendo á la esperanza para un espectáculo desconocido en cualquier otra época del porvenir tal vez.

Sobre el inmenso cuadrante de los cielos, si nuestros dias son simples segundos y si el dia de la Tierra, considerado en el órden astronómico, debe contar los millares de períodos seculares, ¿se estrañará cualquiera que vaya á contarse por la misma medida proporcional y por el mismo órden y que pueda prolongarse su estencion hasta una continuada série de siglos? Los períodos efimeros por los cuales medimos nosotros las fases de nuestra vida actual, son medidas insignificantes en la vida de la naturaleza: un siglo entero es imperceptible en la frente de ese dia siempre nuevo y risueño; diez siglos, cien no trazarán en ella ni una sola arruga.

Para medir los primeros años de un globo mil y mil veces secular, hallábase el Cometa en condiciones mucho mas favorables que las en que nos encontramos nosotros en la Tierra, y tal suele ser la disposicion feliz en general de los cuerpos cometarios: su año contaba en efecto mas de tres mil años, y tenia siempre por lo menos ese intervalo entre sus visitas, lo cual le

daba naturalmente en la escala cronológica un punto gradual bastante respetable y superiormente capaz de poder servir para la medida de las evoluciones terrestres.

Con todo, aun á pesar de ese largo intervalo, tan grande ciertamente á nuestra vista, como pequeño en la duracion indeterminada de las creaciones celestes, llegó hasta el punto de no comprender el mas mínimo cambio ni alteracion en el aspecto terrestre entre dos de sus pasajes sucesivos; y mientras que esos mismos cambios operábanse con lentitud, volvia á observar frecuentemente las mismas escenas, los mismos paisajes, los mismos vegetales y las especies mismas de animales, como si los séres que habia conocido ya tres mil años atrás, subsistieran aun en la plenitud de su vida y en el mismo vigor de su edad. Si, por el contrario, se apercibiera de ello, aun á pesar de la larga duracion de su año, ¿qué hubiera sucedido siendo extraordinariamente menor el período de su revolucion? Érale pues de todo punto imposible estudiar convencionalmente esta creacion lentamente progresiva.

A estas ventajas particulares de la naturaleza del Cometa hay que añadir otras no menos importantes, cual es la comparacion permanente que habia él hecho entre los otros mundos y el nuestro. Si pues se habia formado en las regiones helíacas del sistema, en una época en que los planetas mas distantes florecieran ya

en el seno de una marcha constantemente fecunda, no habia podido él asistir á la creacion de ninguno de ellos; todos eran primogénitos, y habíales visto siempre en la plenitud de la vida.

III

DIVERSIDAD DE LOS MUNDOS

Neptuno, astro el mas distante y el mas antiguo de todos, habia pasado ya del meridiano de su vida, y en las regiones tan lejanas que ocupa la Tierra hubiera sido ya rápidamente enfriada y esterilizada; pero en virtud de la diversidad de accion de las fuerzas de la naturaleza, (los mundos nacen siempre en una perfecta armonía con la esfera de su destino). Neptuno existia en los desiertos de su vida especial con sus años iguales á mas de siglo y medio de los nuestros.

Urano, mundo no tan antiguo, estaba entonces en el apogeo de su jornada, y su vida era de otro género, bajo otras formas y bajo otros aspectos; vida incompatible con la precedente y esencialmente distinta de las futuras. En sus mas aventuradas temeridades la imaginacion del hombre se anula, incapaz de elevarse hasta la posibilidad de otras existencias distintas de la nuestra, insuficiente por demás para formarse idea de las formas

desconocidas. En torno del mundo de Urano gravitan cuatro lunas retrógadas, que lo mismo que su soberano, cuentan ya en el pasado de su cronología la série cronológica de sus fases en su primera juventud. Cada año uraniano equivale á ochenta terrestres.

Saturno, como ya hemos visto, estaba en la cumbre de su esplendor, y elevábase progresivamente de perfeccion en perfeccion: decir, que los saturninos marchaban á grandes pasos hácia el apogéo, al cual habian llegado ya los uranianos, fuera en verdad hablar con una imprudente ligereza, porque la perfeccion de un mundo no es la perfeccion de otro y en ninguna época de su larga historia hubiéranse podido distribuir los mundos en una sola série, ni dar tampoco á cada uno un número determinado de órden en una misma escala. Cada mundo tiene marcado su destino especial y los medios especiales tambien para obtenerlo. Los saturninos tienen sus años treinta veces mas largos que los nuestros, y ocho satélites que dan á su calendario otros tantos meses lunares.

Júpiter estaba entonces en plena juventud, rebo-sando fuerza y vida. Evidentemente habia pasado por la fase correspondiente á la que pasaba en la actualidad la Tierra, y esto con una lentitud tan considerable, que apenas hacia palpitar los latidos de su fuerza vital. Sus años son doce veces mas largos que los nuestros, y guardaba su primitiva primavera perpétua, mientras

que las estaciones empezaban á ser sensibles ya en la superficie del globo. Cuatro lunas rápidas circulan en su rededor, exuberantes como él en una vida espléndidamente escepcional.

El Cometa habia hecho todas estas observaciones antes del dia en que la Tierra se le habia aparecido por la primera vez, en lo cual debió estribar indudablemente una de las causas de su indiferencia. La observacion mas notable, la que habia dado el golpe mas funesto á la reputacion de la Tierra, en su opinion, era la pequeñez del globo terrestre comparada con la asombrosa magnitud relativa del globo de Júpiter; por manera que esa misma Tierra no le hacia mas efecto que el de una simple luna estraviada en los desiertos del espacio, lo cual no merecia la pena de preocupar ciertamente su atencion, distrayéndola de otros objetos preferentes. Con efecto, media una grande y sensible diferencia entre las dimensiones colosales de Júpiter con relacion á las del pequeño mundo terrestre.

El diámetro de Júpiter es once veces mayor que el de la Tierra, lo cual le dá una magnitud superficial de ciento veinte y seis veces de mas estension y un volumen de mil cuatrocientas catorce veces mas sólido. Marte se hallaba en aquella misma época en una condicion análoga á la de la Tierra. Aunque su primogénito, no se habia engrandecido rápidamente y su progreso permanecia estacionario en su primer punto

de desarrollo, y además, como el astro cometario había hecho de la Tierra el objeto de sus primeras investigaciones, en virtud de un estado general que pudiera calificarse de inercia moral; permaneció consagrado exclusivamente á la observacion de este globo, siéndole difícil abandonarle por otro cualquiera que no reuniera tantos títulos á su interés ni á sus preferencias. La Tierra pues continuó siendo el humilde objeto de sus pensamientos.

La Luna estaba entonces ocupada por la pequeña poblacion de los Selenitas; pero es bien fácil comprender que este mundo era verdaderamente demasiado minúsculo para que mereciera el privilegio de atraer por mucho tiempo la atencion del magnífico Cometa viajero.

IV

EL PROGRESO DE LA VIDA TERRESTRE

Aun á pesar de esas disposiciones tan escelentes en nuestro favor, un suceso memorable siempre y que conviene tener presente de un dia á otro en la historia de los séres, vino á poner un término á las atenciones tan perseverantes é instructivas del Cometa. Hay entre los habitantes del espacio ciertos actos que pueden

tener una relacion determinada con los de nuestra vida. Nos ocuparemos pues por de pronto de uno de ellos que encarna un punto de importancia: trátase del *matrimonio* de nuestro Cometa.

Despues de veinte y siete mil años, un magnifico aereólito del mas bello porte, del mas hermoso brillo, vió pasar desde lejos por los desiertos del vacío al Cometa errante. La soledad atrae los pensamientos y puede creerse acaso que solitario como él, pudo sentirse atraido á su vez tambien hácia el astro de profusa y dorada cabellera. Durante veinte y siete mil años, ese bólido, uno de los gigantes de su especie, aproximó su órbita á la órbita cometaria, en virtud de las leyes de gravitacion universal, (esas enormes piedras metálicas celestes circulan como los cometas alrededor del Sol). Despues de una larga permanencia, el Cometa recorrió cinco mil leguas en menos de un minuto, atravesando las zonas cada vez mas densas que rodearan el centro de gravedad, y formó desde luego el *núcleo* del Cometa. ¿Sería este tal vez el origen de otros muchos cometas?

La historia nada de esto dice, y además, los filósofos que se han dejado llevar en este punto por una analogía bien poco conforme y razonable, han tocado el límite de una exageracion por demás ridícula. Con todo, cualquiera que sea el origen de la produccion de los cometas, no deja de ser bien cierto que los hay ya en

el cielo en mayor número acaso que los peces del Océano, si hemos de creer el testimonio de Képler, ¿qué sucedería pues si aumentara todavía mas su guarismo sin regla y sin límites? Es necesario estar dotados de una firmeza de espíritu para observar á sangre fria esa multitud tan inconmensurable de astros que se cruzan en su vuelo rápido, y podemos preguntarnos cómo es que sus multiplicados cuerpos, al surcar en todos sentidos la órbita terrestre, no producen frecuentes choques entre los planetas y los cometas.

No volveremos á hablar mas de este acontecimiento. El Cometa debió quedar para nosotros en su estado de actualidad, el único personaje en acción. El bólido quedó absorbido en él, y su existencia individual desapareció.

Cualquier autor vulgar diría que fué en esa época cuando vino el primer ánade á chapusarse en las aguas cenagosas en el sitio que debiera ocupar un día la Francia: el Cometa pues, mas distinguido y de una educacion completamente clásica, saludó la aparicion de la familia de los palmípedos cerca de un rio, á cuyas riberas Lutecio (*lutum*, cieno) debia amarrar un día su bastimento.

Las ranas cantaban, escabullíanse las salamandras, las culebras por la primera vez ondulaban, las cigüeñas y los flamencos sosteníanse aristocráticamente sobre una pata: los cuervos cruzaban el aire, con el roce de su

vuelo lúgubre, silvaban los mirlos, los gorriones parecían acechar ya las migajas que dejara caer el caminante, y los pájaros mas parleros y alegres poblaban la atmósfera, congregándose en las profundas selvas vírgenes y fabricando sus nidos en todas las ramas. Las marmotas, las ardillas, los ratones, las ginetas ó gatos monteses, los castores, los caballos, los perros, los gatos, los coatis y un sin número de cuadrúpedos, en su diversidad de especies, inauguraban la série familiar del reino inofensivo que debiera subsistir despues de la época de la creacion del hombre, y los primeros monos saltaban tambien sobre las ramas flexibles y elásticas de las lianas. Allí estaba el piteco ó mono sin cola, el driopiteco y el mesopiteco, cuyos horripilantes gestos anunciaban ya de lejos los abogados de todas las causas de la humanidad futura.

IV

LOS PARISIENSES DELANTE DE PARIS

I

Los cometas, en virtud de su larga y paciente observacion, tienen la admirabilísima costumbre de no fiarse jamás sino del criterio racional de su propia conciencia esclarecida y dilucidada por su imparcialidad misma. Nada prejuzgan y jamás podrá acusárseles de decir lo que no sienten ó de no decir lo que sienten, por la simple razon de lisonjear á un protector cualquiera. Viajeros independientes, pasan la vida en la observacion comparativa, y por lo mismo acaso sean tambien los mas sabios hijos del cielo. Así pues, para dar un ejemplo de la sabiduría con que proceden siempre, haremos notar al paso que aun á pesar de las afeciones benévolas que profesara el nuestro á la Tierra, aun á pesar del estado de predisposicion de espíritu en que se encontrara y del placer que esperimentó al saludar al primer *sér inteligente* que percibió en la superficie de ese mismo mundo tan favorablemente preparado, nuestro Cometa, decimos, buscando á ese sér

hacia el fin del período terciario (han pasado cuarenta años de los suyos, ó lo que es lo mismo, hacia el año ciento cuatro mil cuatrocientos noventa) buscando, repetimos, un habitante superior, mas ó menos semejante á los que reinaran en los otros mundos, si bien no alcanzando á distinguir todavía indicio alguno de su presencia; tuvo la buena fé y la rara justicia de resolverse á creer por un momento que no debiera existir ese sér y que la Tierra hermosa y decorada como lo estuvo antes, volvía á resplandecer de nuevo en el confuso espacio.

La Isla de Francia habia salido del fondo de las aguas. Cuando llegó, guiado por los genios superiores que presienten á veces el destino futuro de los mas humildes imperios, el Cometa se sintió particularmente atraído hacia esta parte del mundo. El mar habíase estendido ya dos veces sobre privilegiados terrenos, si bien la configuracion geográfica que debieran guardar, acababa de recibir solamente su definitivo carácter bajo el punto de vista del litoral.

Una poblacion bastante compleja los habitaba, y en el sitio mismo donde debiera levantarse un dia el Paris moderno, pudo conocer acaso el Cometa á los predecesores mas antiguos de los actuales parisienses. Los hipopótamos bramaban en el fango de las lagunas, los magateriums (*mega*, grande, *therion*, bestia) los camellos y otras varias clases de rumiantes emprendian ya

sus emigraciones, los ciervos en los gigantescos bosques y los corzos veloces reuníanse para huir á su guarida de las selvas. En las riberas del Sena, en los paseos donde mas tarde las gentes del gran tono y de la elegancia debieran hacer pública ostentacion de sus bellas prendas de educacion social, veíase ya al pavo real, primitivo, tipo de la vanidad, y no lejos de ellos tambien mirábanse grandes cigüeñas que marchaban con paso grave y presuntuoso.

La poblacion estaba lo mismo que en la actualidad, confundida en sus clases. Las tortugas se encontraban con las liebres, los perros miraban con una especie de desdén á los gatos, y los pájaros pequeños seguian á los grandes; los grajos todavia no sabian adornarse con su extraño plumaje: los caballos brincaban retozones en plena libertad en las llanuras y en los prados, haciendo flotar al viento sus sedosas crines. Los bueyes vivian agrupados en rebaños, veíase á las becerras bajar á beber al torrente y pasar luego tambien en grupos de un prado á otro, y los elefantes, graves, decanos de la época, visitaban como grandes señores los paisajes tan amenos de su apacible imperio. Para dar lo que podemos decir el último golpe de pincel á este panorama, al cual debia sentirse naturalmente atraida la presencia del hombre, elevábanse en el horizonte, hasta las nubes, las nieves que coronaran con su diadema de cristal las cumbres lejanas de las mas altas montañas;

en las comarcas próximas veíanse á los sombríos abetos dominar las planicies y las selvas; los álamos y los robles revestían las faldas de sus frondosas cimas, los tilos perfilaban la línea, los grandes álamos erguían en plena campiña su magestuosa talla y los sauces inclinábanse místios y melancólicos á la orilla de los arroyos murmuradores.

La variedad que se refleja de un mundo á otro es inmensa y los productos de la naturaleza en un terreno en manera alguna guardan semejanza con los del otro: la materia constitutiva de los seres es una cosa puramente pasiva, de una sumisión sin igual y que se amolda maravillosamente al capricho de la fuerza que la rige, la fuerza, sí, que es su verdadera soberana, y he aquí por qué esas mismas fuerzas naturales que existen en distintos grados de intensidad ó de asociación, por decirlo así, en los diversos globos, han producido en ellos seres esencialmente distintos entre sí.

Aun á pesar de esta variedad necesaria é indefinida, el Cometa pudo reconocer al fin que la Tierra se aproximaba ya al estado definitivo en que se hallaban ya sus compañeros del espacio, en el cual venía ahora un nuevo huésped á tomar posesión de sus dominios. Aunque no se parecía á los demás planetas, guardaba no obstante en todo un carácter especial y su preparación era visible: de modo que á la vista de una serie tal de departamentos diversos, amueblados por el gusto,

por la costumbre, y hasta por los caracteres esencialmente variados y al mismo tiempo opuestos, pudo reconocerse sin dificultad que estaban preparados para una ocupacion inmediatamente próxima.

Mientras tanto ¿podrá creerse que el Cometa debió esperar todavía como una treintena de esos años de tres mil de los nuestros cada uno para que sus esperanzas recibiesen un principio confirmatorio de satisfaccion? Frecuentemente hizo descubrimientos abusivos, frecuentemente creyó ver huellas de la mano del hombre, y con frecuencia tambien, á la distancia donde estaba siempre de la superficie terrestre, las bandadas de nuevos séres, de trogloditas, de gorillas velludos, de macacos ó de oranos parecian revelarle la tan deseada creacion; pero bien presto hubo de reconocer su ilusion en este punto. Hacia cierta época, durante los años cuarenta y cuatro mil ciento sesenta y cuatro, cuarenta y un mil noventa y nueve, treinta y ocho mil treinta y cuatro y treinta y cuatro mil nuevecientos sesenta y nueve, puede decirse que vogó en plena esperanza. Como vió en el mes de abril aparecer por vez primera los luminosos dias de verano; la luz, el calor y los perfumes descender á la atmósfera entibiada, así pues en ese mes de abril de la Tierra creyó ver una era anticipada. Una especie parecia revestir el carácter de la dominacion floreciente entonces en las llanuras risueñas de un gran continente que habia

desaparecido despues; los rebaños estaban colocados ya en su rededor en una especie de domesticidad tácitamente realizada de hecho; los elementos parecian mostrarse ya propicios á la instalacion del gran rey, y favorables á su establecimiento; pero todo esto era un jruto prematuro, y el Cometa pudo convencerse que no habia todavia hombres. Acaso pudo dar á esos séres primitivos de que acabamos de hablar, el nombre de troglóditos, por la razon de que habitaban en las cavernas naturales, lo mismo en los flancos de las montañas que en las soledades de las selvas, y los cuales jamás pusieron una piedra sobre otra para construir la mas sencilla guarida. Acaso pudieran ser el tronco de la raza humana y el vínculo que debiera reunirla á las razas animales precedentes, por aquello de que *Natura non facit saltum*; pero el viajero atento y discreto por demás, no pudo resolver este grande arcano. Durante los cuatro años que acabamos de designar, estuvo observándoles constantemente, sin alcanzar á darse cuenta de la realidad de su naturaleza, y cuando en el año treinta y un mil novecientos cuatro antes de nuestra era volvió á su perihelio, habian ya desaparecido, siendo completamente en vano sus investigaciones en busca de sus huellas ó de sus sucesores en la Tierra.

II

LA TIERRA CUARENTA MIL AÑOS ATRAS

Veíanse también á veces grandes monos pasearse, apoyados en una caña, por los intervalos de las selvas vírgenes, y á veces también algunos grupos armados de palos encontrarse junto á un bosque y apalearse unos á otros: los muertos y los heridos quedaban en tierra olvidados sin ninguna clase de sentimiento.

En otra parte veíanse también á otros monos entregados á juegos sencillos y amigables, y á veces también perversos y disimulados, lo cual denotaba ya cierta inteligencia maliciosa. A veces algunos de esos seres juguetones é inquietos entreteníanse con una complacencia intencional y siniestra en inquietar á un cocodrilo adormecido, el cual, despertando sobresaltado, les veía huir á toda carrera, desahogando su cólera con alargar la pata y estrujar la cabeza del mas pequeño ó del mas descuidado de aquellos importunos. Otros, en fin, banquetaban en alegre concurso y compañía como celebrando al parecer estrepitosamente la muerte de aquel personaje importante de su sociedad.

Tales eran pues los únicos seres que interesarán por entonces al Cometa, el cual les habia estado observan-

do por espacio de cincuenta mil años sin cesar: los demás no parecían estar dotados de la cuarta parte de inteligencia que aquellos. Caballos, elefantes, perros ó gatos parecían mas dóciles, y acaso mas adelante su educacion, dirigida por el hombre, elevaría el nivel de sus facultades y volvería á esas razas domésticas mas inteligentes que la de los monos, que en dicha época eran incontestablemente los primeros de la creacion.

Mas adelante encontró en las comarcas cálidas del ecuador otros séres que guardaban con los precedentes la mas completa semejanza. Eran negros como ellos y vivian tambien en pequeñas familias en los desfiladeros de las montañas ó en los bosques, matándose unos á otros á veces, cazando volateria otras y descansando acostados por la noche. Dos puntos únicamente establecian una pequeña diferencia entre aquellos y estos, y es que los primeros se distraian mucho, al paso que los segundos se presentaban siempre con un aspecto feroz y encendian á veces tambien leña en un pequeño volcan, lo cual no hacian los otros tampoco, ni lo habian siquiera intentado. Por lo demás parecíanse unos á otros como dos gotas de agua.

III

LA TIERRA TREINTA MIL AÑOS ATRÁS

Por una de las mas felices coincidencias, como solamente pueden verse en las novelas, nuestro Cometa, que se alejara, como ya digimos, á quince mil trescientos ochenta y siete millones, ochocientas mil cuatrocientas leguas del Sol, en el mismo año en que hizo la observacion antedicha, encontró un gran cometa parabólico¹ que venia del Sol α del Centauro, nuestro vecino, y que no permanece, como es sabido, sino á ocho trillones seiscientos tres millares doscientos millones de leguas de aquí. Entonces se aprovecharon de la ocasion, ciertamente rara, del encuentro de los dos astros, para emprender juntos la marcha; de modo que el cometa del Centauro acompañó al nuestro hasta la órbita de Neptuno, invirtiendo solamente un instante comenario, esto es, la equivalencia relativa á trescientos

1 Se llaman cometas parabólicos aquellos que en lugar de trazar alrededor del Sol una curba cerrada y de volver á pasar periódicamente por los mismos sitios, se separan de la figura elíptica, para no volver: alejanse entonces á indeterminadas distancias, saliendo de los límites de atraccion de nuestro Sol, entrando á veces en el dominio de otro, perteneciéndole durante cierto tiempo, y despues se precipitan de nuevo en otro sistema, continuando de una manera irregular y anómala su marcha vagabunda.

noventa años de los nuestros solamente; pero cuyo intervalo fué bastante para que nuestro Cometa se tornara alegre, en atención á que su compadre, dotado de un grande espíritu, le habia asegurado que si habia visto en realidad fuego en la Tierra, tenia derecho para poder asegurar que allí habia ya una raza inteligente.

Ocupábanse de esta manera, conversando sobre los reinos ultra-neptunianos, desplegando entretanto el cometa parabólico una excelente erudición y una experiencia profunda, porque en verdad nada como los grandes viajes puede instruir tanto, sobre todo, en cuanto al valor comparativo de los diferentes países á que se contraen; pero por otra parte es preciso confesar que á veces dan menos solidéz á nuestra opinion sobre ciertas verdades absolutas independientes de las nacionalidades; por lo cual el Cometa del encuentro flotaba en la incertidumbre desde que se penetró de esas grandes verdades. Hé aquí por qué el nuestro resolvió mantenerse en guardia contra las atracciones del desconocido, de no volverse jamás parabólico. No es posible relatar sus discusiones sobre los ultra-neptunianos, en razón á que esceden á nuestro alcance: nuestras vistas mas perspicaces (no hablo de los planetas telescópicos) no alcanzan á ver mas allá del Tridente, cuyo cetro se limita á un imperio de dos millares trescientos millones de leguas de estension.

A su regreso siguiente, nuestro intrépido turista auguró favorablemente desde su aproximación sobre la Tierra. Esta Tierra para él tan querida, presentábase á la salida del Sol bajo el aspecto mas espléndido y gracioso que jamás habia tenido lugar de admirar, y resplandecía de juventud y claridades, destacándose en un cielo límpido. Las llanuras verdeaban como una mañana de primavera refrescada por el rocío y por las auras; entreabrian sus cálices las flores, y los bosquecillos y los parques naturales y los jardines ostentaban junto á los lirios y azucenas las rosas abiertas y olorosas. Era indudablemente la cuarta época, la época cuaternaria la que se aproximara.

Si los volcanes que humeaban todavía eran numerosos en las cordilleras montuosas, si los vapores enrojecidos subian en retorcidos torbellinos al cielo, si temblaba aun la Tierra y se estremecía, como si pretendiera dilatar sus miembros comprimidos, si los pesados paquidermas aplastaban el aterciopelado esmalte de las praderas, mientras que los leones y los tigres rugian en los vastos desiertos; si los grandes cazadores alados precipitábanse sobre los pequeños seres, débiles y amedrentados, para devorarlos, mientras que las amargas ondas marinas ocultaban inexorables monstruos; la Tierra pues entretanto no podia ser, ni con mucho, un mundo de perfección, sino conservar su categoría de mundo inferior donde reinara, ¡ay! la

ley de la muerte, como una condicion soberanamente fatal de la ley de la vida. Pero era evidente que los tipos primitivos informes habian desaparecido, siendo reemplazados por una repoblacion mas avanzada, establecida indudablemente bajo una base definitiva: decididamente desde las montañas á las llanuras y desde las selvas hasta el mar la era de ocupacion por parte de un huesped capaz de saber apreciar el valor de tal residencia, no estaba ciertamente en el porvenir, sino en el presente.

Sumamente deseoso de ver, en fin, sobre la Tierra séres susceptibles de comprender la belleza de tan grandiosas escenas, de nobles y poderosas criaturas, cuya frente aparecia iluminada por la aureola sacrosanta del pensamiento, el atento Cometa velaba.

IV

APARICION DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA

Habia observado muy bien seis años cometarios antes que los bípedos de color leonado pasaban ya de una caverna á la otra y entregábanse en último extremo á la caza; habia notado al año siguiente la aparicion de séres que armados de arcos, de flechas, de hachas y de cuchillos de pedernal, reuníanse á veces en sus ciu-

dades de lodo, bebían en los mismos lagos, á imitación de los castores; sin resolverse á creer no obstante que no pudiera tener otros representantes, y en cada uno de esos pasajes perihélicos, su mirada abarcaba con entusiasta ardor la totalidad del globo en todas sus comarcas, y su corazón palpitaba á cada instante á la vista de un descubrimiento ilusorio. Al cabo de cincuentamil años, y sobre todo, despues de diez mil, prometíase ver aparecer al hombre: ya era tiempo, merecía bien recibir al fin su recompensa.

En los valles fértiles que suelen fecundar las principales afluencias del Yudo y del Ganges, al otro lado de las cordilleras gigantescas del Himalaya, una primavera perpétua difundía su bienhechora influencia: el zodiaco iraníano toma su origen en un punto del cielo marcado por el solsticio en el año — 19337. Dos grandes razas vivieron mas tarde en esta institucion del primer calendario astronómico. En la época correspondiente al tránsito del Cometa estaban todavía reunidas esas dos razas, esto es, los aryas, tribus nómades que reconoció al punto como superior á las precedentes, y la otra de forma exterior mas aventajada á juzgar por ciertos signos indubitables que manifestaban de una conciencia intelectual mas fija. Las familias estaban reunidas en colonias, y este sistema de vida nacional primitiva, llevando sus tiendas de clima en clima, de region en region, dirigíanse al Sol. Era el

oriente lo que despertaba, y tal vez estaba allí la cuna de la inteligencia. ¿Es que Dios estendia la mano á su última creacion, para hacer brillar y resplandecer en su frente el signo indeleble y eterno de la conciencia? ó es que acaso no habia tocado aun la frente débil de aquella criatura todavía tan jóven?... El lenguaje de la razon no es por cierto un atributo concedido al niño al dia siguiente á su nacimiento.

Cuando se arroja una bellota en un terreno fértil, pasan los años y apresuran el desarrollo del germen oculto. Presto, en una sucesion alternativamente ordenada, las nieves platean el suelo de la selva, la primavera hace descender el rocío y los rayos estivales traen sobre las frondosas copas de sus árboles su calor saludable.

Mucho, mucho tiempo despues, una línea verdosa se balancea al soplo de los vientos, y los pajarillos que saltan y se posan sobre ella, hacen doblar sus tallos todavía tan tiernos.

Pero si los siglos pasan sobre la cima del vegetal que se engrandece, con los períodos seculares nacerá, ó, mejor dicho, se desarrollará en toda su plenitud la magnitud del árbol con su inmenso ramaje: las generaciones vendrán á sentarse á su sombra y los guarismos serán insuficientes para marcar el número de sus años. Así pues, en el arsenal de la naturaleza, en ese admirable laboratorio dirigido por el supremo Artífice

invisible, todo se engrandece con lentitud, y en la obra divina todo progresa, siguiendo la noble y ordenada sucesion de los tiempos.

ORIENTE

El astro que asistiera con una atención paternal al desenvolvimiento sucesivo de la creación terrestre, observó que un progreso mucho mas rápido se había indicado de un periodo á otro en la última época. Con todo, tres mil años representan una duracion tan corta, que el progreso realizado en ese intervalo es bien poco sensible; de suerte que solo en fuerza de la repetición del número de esos pasajes *termillenarios*, el astro investigador había podido acreditar el acrecentamiento progresivo de la creación, y su altura hácia un grado de perfección puede decirse que indefinida.

Mas fijo que nunca en sus esperanzas, nuestro filósofo consagró la mas grande atención al exámen de las tribus patriarcales de la India; ¡pero estaban ellas tan léjos de los habitantes de los otros mundos con los cuales estaba él, por el contrario, tan familiarizado desde la antigüedad! ¡Qué distancia les separaba en realidad de la era verdaderamente humana, en la cual

las ciencias, las letras y las artes forman la cultura de las naciones!

El espíritu se exalta sobre ese cráneo todavía deprimido, como si despertara del sueño de la ignorancia, si es que tiene conciencia de sí mismo y no sale del período nocturno donde dormita todavía. Vive rodeado de un temor continuo, invoca los elementos, los seres inanimados y hasta los fenómenos de la naturaleza, á título de potencias superiores, si bien recapacita ó sueña luego, y ya se comunica por medio de la poesía, manantial y origen de la universalidad de todas las cosas.

El Cometa, en el año trece mil quinientos catorce antes de nuestra era, creyó percibir por la vez primera una especie de población humana, ó por mejor decir, una semejanza informe de tiendas de piedra, y sin embargo, no es posible pintar el entusiasta júbilo con que la saludara y con que felicidad acoge esta huella sensible del progreso de la familia intelectual sobre la Tierra. En el seno de la inmensa llanura líquida que cubriera la mayor parte del globo como una sábana de esmeralda, destacábase un triángulo irregular de un amarillo ocre. Esta playa presentábase menos fértil que la que se estendia hácia la derecha, donde veíanse aun las tribus hinduanas apenas marcadas, al paso que por la estremidad septentrional presentábase una comarca de una feracidad extraordinaria. Parecía que el

hombre, habiendo recorrido toda la esfera terrestre y comparado sus distintas regiones, acababa de elegir entre ellas precisamente la mas agradable y la mas bella; observacion que pudiera alcanzar á demostrar el grado de esa suprema inteligencia que lo gobierna todo.

En medio de aquella region privilegiada, un gran rio serpenteaba y dividiase luego en dos brazos principales antes de su confluencia en el mar. La poblacion primitiva ocupaba la altura del triángulo formado por esa division misma, y esta *Memphis* debiera ceder mas adelante su real supremacia á *This*, ciudad del Alto Egipto, á las cuales Tebas debiera eclipsar á su vez mas adelante.

II

LA HUMANIDAD VEINTE MIL AÑOS HÁ

El observador celeste aun no habia visto la raza blanca entre los hombres ciertamente, y no obstante, no dejaba de notar al propio tiempo el grado de progreso que se revelara en la apariencia: vió que los hombres se reunian en sociedades especiales para organizar trabajos especiales tambien y que una especie de unidad simpática unia á las familias en una misma

sociedad, en un mismo pueblo. Por la tarde, cuando los rayos solares iluminaran el horizonte, veía á unos hombres conducidos por otros, venir á arrodillarse en las orillas del Nilo, para contemplar su imágen en el plácido perfil de sus aguas, y por las noches veía también á otros hombres de distinto modo vestidos, observar desde las alturas piramidales de los montecillos próximos, su posición relativa con las estrellas. Estos eran pues los principios rudimentarios de las investigaciones científicas, y al propio tiempo eran también el principio de la servidumbre de los pueblos tímidos é ignorantes por las maquinaciones de los hombres tiránicos y sin pudor.

Las apariciones del Cometa en la Tierra tenían lugar á grandes intervalos, y comprendíase que solo había podido formarse una idea, vaga por demás, de eso que el orgullo del hombre ha querido engalanar con el pomposo título de la Historia del mundo; de modo que bajo el punto de vista general y de su aspecto celeste, es como únicamente observara los acontecimientos sucesivos de la creación, y no á través del prisma engañador de que suelen servirse los hombres para el engrandecimiento de todo aquello que les concierne y para aminorar lo que les es extraño.

El Cometa no podía lisonjearse de conocer los pequeños detalles de la historia: sin hallarse naturalmente imposibilitado para ello, hubiera podido (como por lo

demás habíale sucedido ya otras veces) hacerse intérprete fiel del astro terrestre cerca de otros astros del cielo y hacer su historia con una difusión y con una exactitud de vista infinitamente superiores á las ilusiones del hombre; así pues, no debe extrañarse al ver que nuestro observador no busca mas que con cierta antelación los pequeños é insignificantes detalles de la vida terrestre, sin cambiar tampoco su método de observación, fundándose para ello en la causa productora de la aparición de la familia humana; acontecimiento que aproxima las faces de sus manifestaciones tan rápidas.

Así pues, el Cometa no podría afirmar si al tiempo de su pasaje en el año diez mil cuatrocientos cuarenta y nueve, la teocracia egipcia contaba sus años en el período *Phta*, ó solamente en el de *Phré*, de *Chunb* y de *Seb*; pero astronómicamente hablando, sabia que un Sol próximo al nuestro y del cual tenia los mejores antecedentes por los Cometas mismos que llegaran hasta él, esto es, el grande, el hermoso SIRIO, atraíase las miradas, los pensamientos, la admiración y hasta el aprecio y simpatías de los sacerdotes del alto y bajo Egipto. De la misma manera tampoco podia asegurar que la era indostana de los manuantaras se inauguró en su origen zodiacal por el antiguo, por el primer *Manu-Sua-Yambhuva*, y que en ese mismo año 19,337 los hijos de Osiris, habian sabido distinguir perfectamente el punto del solsticio estival entre el

Nakchatra-Aswini y el Nakchatra-Bharani; si bien tampoco debia ignorar indudablemente el cariño tan tierno que profesaran al Sol, Agni, divinidad del fuego, y á la que adoraban tambien con el nombre de Indra, dios del rayo, y sabia tambien por observacion directa que el Oriente luminoso arrulla en sus aureolas cándidas la naturaleza naciente que debiera descender mas tarde hácia el Occidente donde nos encontramos. Por lo demás, comprendia asimismo que si la Tierra estaba predestinada á ser un dia la morada de la inteligencia, digna de alcanzar un grado relativo de comparacion con sus convecinos del espacio, Júpiter, Saturno, etc., no era esto cuestion de dos dias para llegar ahí, sino que por el contrario necesitaba la humanidad atravesar préviamente largos períodos de aprendizaje, lo cual equivale siempre al tiempo necesario para ir preparando la civilizacion de un mundo.

Teóricamente el Cometa formó un cálculo por medio de sus años de tres mil, y creyó que dentro de cuatro ó cinco de ellos deberia salir la Tierra de su infancia. Cuatro años despues al en que nos encontramos equivalen á mil ochocientos once: ¿se equivocó el Cometa?

Prácticamente pensó señalar una duracion mucho mas larga, en atencion á que, á juzgar por lo que estaba viendo, los hombres no parecian deseosos de perfeccionarse entre sí, antes por el contrario, formaban

un cruel empeño en destruirse mutuamente; y hablando francamente, heos ahí la observacion que mas le preocupara y que no le abandonó ya desde entonces. Hallábase agobiado bajo el peso de la primera impresion que le sorprendiera al asistir desde la altura de los cielos á esa grande batalla tan sangrienta librada en los primeros siglos; impresion que, léjos de haber desvanecido el tiempo, continuaba siempre reproduciéndose, porque el astro sensible no habia pasado una sola vez por cerca de la Tierra despues que tenia esta hombres, sin presenciar el horrible espectáculo de estar en mas ó menos número matándose entre sí estos séres; parecíale que habian nacido únicamente para ensayar sus fuerzas y emplearlas los unos contra los otros apenas se considerasen suficientes de una resistencia ofensiva, y que además de ser una familia solidariamente unida y concordada como las de los otros mundos, los hombres de la Tierra constituian una especie de reino eternamente revelado y dividido contra sí mismo: en tal concepto, creyó poder llegar á cuadruplicar por cálculo el número de los siglos necesarios para la emancipacion del hombre.

III

LA HUMANIDAD PRIMORDIAL

Un acontecimiento imprevisto, notado aquí como por un paréntesis, dió una tregua á la série de las observaciones cometarias en la época de que tratamos. En la aparición del nuestro en los años siete mil trescientos ochenta y cuatro, absorbió completamente su atención la Luna, habiendo trascurrido los nueve meses que permaneció á vista de la Tierra sin que tuviera tiempo de continuar sus observaciones. Hacia los cincuenta y nueve mil cuatrocientos ochenta y nueve años, es decir, diez y siete años antes, el Cometa había percibido sobre el astro vecino al nuestro y que nos acompaña como un fiel satélite, un movimiento general que había producido una estraña division en la superficie lunar. Dos naturalezas esencialmente distintas habíanse apoderado de cada uno de sus respectivos hemisferios: los habitantes que pasaban del uno al otro, creían entrar á su vez en un mundo nuevo; y como quiera que carecía de la regularizacion de sus derechos, la parte mas pobre era absorvida insensiblemente por la mas rica, como si esta hubiera chupado toda la savia de la vida, y como si pretendiera monopolizar por sí

y ante sí el dominio omnímodo del reinado del hombre. Todos los fluidos, todos los líquidos transformados en gas, emigraron del hemisferio que mira hácia la Tierra, al emisferio opuesto; y la época del tránsito del Cometa fué precisamente el de la emigracion de los selenitas al otro hemisferio, único habitable. Veíaseles hacer sus equipages y huir de todas partes hácia ese círculo regional del horizonte: grandes y pequeños, gruesos y flacos, ricos y pobres, todos marchaban hácia el nuevo mundo, quedando por consiguiente desde entonces completamente desierto aquel infortunado hemisferio que presenta hoy todavía un horrible páramo de peñascales, donde reina un pavoroso silencio.

Aun faltaba otro suceso para poner término al estudio de nuestro Cometa, al cual, en su penúltima aparición parecíale haber percibido los últimos suspiros de la Tierra. Una inundacion terrible tenia lugar, las corrientes invadian los terrenos interiores, invadiendo las llanuras y las montañas, sumergidas bajo su enorme flujo, como si los mares, rompiendo las barreras de su imperio, pretendiesen estender su dominio mortífero hasta los antiguos continentes; pero cuando hubose colocado el globo en su inclinacion de 180 grados, presentando su otro hemisferio, pudo comprender el Cometa que no era universal aquel diluvio, que se estendia únicamente hácia las regiones primitivas del

Asia, y que los dos triángulos gigantescos americanos irradiaban ante el sol, ricamente engalanados con una vegetacion espléndida; con una especie variada de animales en el apogeo de su dominacion y con una humanidad en la plenitud de la vida y de la contemplacion de la naturaleza. Allí estaban los antecesores de los toltecas que debieran ser reemplazados mas tarde por los chichimecas en primer lugar, y luego por los aztecas, que confundidos despues tambien con los tapanezas, los colhues, los tlatelolues, etc., debian fundar la célebre ciudad de Tenochtitlan sobre los islotes del lago Tezeuco que debieran reunirse un dia en uno solo, para dar una base sólida á la capital de Méjico. Veíanse aun las montañas donde Manco-Capac debiera fundar un dia la república de los Incas, adoradores del Sol, y donde apareció Pizarro para fundar por derecho de conquista el vireinato del Perú; y, en fin, entre las dos Américas distinguíanse una multitud de pequeños estados diseminados.

El Cometa pensó, y con sobrada razon, que en el caso de que el mundo asiático tuviera la desgracia de sumergirse en el fondo de los mares, el mundo americano era bien facil que le reemplazara; pero no tardó en alentar la esperanza de que los días de la humanidad no debieran peligrar todavía: mientras que ese nuevo mundo despertaba á su vez, el antiguo continuaba engrandeciéndose á escepcion de esa pequeña

parte accidentalmente sumergida. El Egipto poseía una verdadera ciudad, donde distinguíanse multitud de palacios y torres y el principio además de una informe escultura, con las altas pirámides arquitectónicas que proyectaran sobre el paisaje sus esbeltas agujas. Echábanse los fundamentos de las grandes capitales de la India; la Europa empezaba á apercibirse ya de su existencia, y sacudiendo sus soñolientos párpados, fijó la vista en aquel cielo luminoso que embelleciera al gran día, y repuesta de su sorpresa, quiso levantarse. En la Australia el Cometa no alcanzó á ver otra cosa que grandes monos distraídos en hacerse mutuamente las mas horribles muecas y gesticulaciones.

Observó tambien que entre aquellas criaturas humanas tan diversas, existian esas estrañas razas de animales que no se ven ya en nuestros días; el elefante *primigenius* ó mammut, primordial, de la Siberia, elefante colosal de 15 y hasta 18 piés de altura, armado de grandes defensas circulares que no median menos de 4 metros; y al encontrar mas tarde esos huesos fósiles mezclados con osamentas humanas, pudieran tomárseles por piezas de esqueleto de hombres gigantes de una estatura de 20 piés. Véanse igualmente el rinoceronte, *tichorhynus*, cubierto de profusion de pelo y que diera el sér á los dragones de las leyendas gálicas de las grutas sepulcrales; el oso de las cavernas que en compañía del gigantesto tigre, paseábase

por las selvas de Montmartre; el buey primitivo y el uro ó toro silvestre que Julio César encontró por última vez á su regreso de Bibracte; el ciervo *megaceros*, cuya cornamenta de unas proporciones enormes, median 3 ó 4 metros de cruzámen ó separacion, y que fueron la primera presa de los cazadores de ballesta; y en fin, soberbios volátiles nunca mas vistos, el *dinornis* ó el *epiornis*, cuyos huevos median una longitud de 25 centímetros, y que, como avestruces gigantes, hacian una bella figura de contraste, colocados junto al hombre.

Nuestros abuelos los celtas, de raza indo-germánica, conocieron esos respetables restos de las generaciones antidiluvianas, y esos bravos antepasados merecieron con justicia la atencion preferente de nuestro Cometa, lo mismo que lo merecieran cien mil años antes los megaterios y los dinoterios, siendo una circunstancia digna de notarse y meditarse que el astro en el cual se fijan actualmente nuestras miradas, fué observado ya tambien por otros ojos que no existen á través de los remotos siglos y por otras razas que han desaparecido igualmente para siempre en el turbion de las edades. Así es como pasan los seres éfimeros que nos representan aparentemente todos los períodos de la existencia, mientras que la naturaleza universal, de la cual apenas nos ocupamos, permanece quieta é inalterable en toda su calma grandiosa.

IV

CONSOLIDACION DE LA HUMANIDAD TERRESTRE

En el año 1254 antes de Jesucristo hizo nuestro venerable viajero su penúltima aparición sobre la Tierra. Nuestros abuelos vivian, digámoslo así, con arreglo al sistema de la vida natural primitiva, en el fondo de los umbrosos bosques del pais que debiera ser luego la Francia, limitando sus ambiciosas pretensiones á las riberas que les vieran nacer y disfrutando pacíficamente de la luz del cielo y de los frutos de la Tierra. Sus deudos, á quienes hemos visto algunos millares de años há en el Oriente, amenazaban aun la existencia, á la vez alegre y agitada de la conquista, mientras que ellos vivian tranquilamente en los bosques de su patria adoptiva. No tardaron despues á bajar hácia el Sud, dejando tras de ellos los cimerianos y los escordiscos, los taurinos, los Boyardos y los cimbro; pero todavía quisieron ensayar un esfuerzo para gozar el privilegio de la infancia, y subir hácia la grandeza, mientras que por el contrario, aquellos que hemos visto ya, cayeron sucesivamente en decadencia. Dormian los egipcios, Memfis moria, This desperataba, Tebas con sus cien puertas velaba, y sin em-

bargo, bien presto el viento del desierto con su soplo destructor lo aniquilará todo. Tantas civilizaciones habian desaparecido, Babilonia fundada quinientos años há, habíase hundido, y Ninive que le sucediera estaba arruinada. Ecbatana aparecia para desaparecer despues y ser reemplazada por Persépolis que debiera á su vez caer tambien y aniquilarse. Asirios, medas, persas, caldeos, no eran mas que troncos de serpiente, á la vez que en el otro hemisferio la vírgen América avanzaba con lentitud por las vias del progreso; la China sucedíase á la India, y el sol, difundiendo sus rayos plácidos, envolvía la inmensidad de la naturaleza en una atmósfera de luz, de calma y de reposo.

Un pequeño pueblo habia salido poco antes de Egipto, y fijábase ahora á lo largo de las riberas marítimas; pero todavía no tenia reyes: en fin, veíase allá en la parte baja de Europa una pequeña isla, cuyos habitantes llegados allí unos ochocientos años há solamente, pretendian tener mas antigüedad que la Luna y que habian sido engendrados del limo de la Tierra, á semejanza de las cigarras que llevaban sus mujeres en el tocado, en testimonio de esa afirmativa.

Un gran suceso preocupó entonces á los habitantes del pais. Un hombre fabuloso llamado Páris habia robado á una mujer bellísima conocida en la historia con el nombre de Elena, esposa legítima del rey Menelas, habiéndola llevado consigo á una pequeña ciu-

dad del Asia Menor, lo cual produjo el levantamiento armado de toda la nación. En un abrir y cerrar de ojos fabricáronse toda clase de armas entonces conocidas, y el pueblo apareció súbitamente caparazonado de caballos, aguzado de espadas, bruñido de corazas, tejido de cotas de malla, armado de carcaxs, forjado de broqueles, calzado de hierro, erizado de lanzas, herrado de palos y cargado de bagajes y de bastimentos. El Cometa nunca había visto tal aparato de guerra, tales preparativos; y desgraciadamente, ó mejor dicho, felizmente para él, no pudo presenciar toda la guerra, porque el sitio solamente de la ciudad requería diez años, y en ese período el Cometa había recorrido unos ochenta y cinco millones de leguas; lo cual no le impidió comprender que se trataba de un estrépito exagerado, en proporción de la causa que lo motivara, y que á ese paso, si los habitantes de la Tierra continuaban el sistema de guerrear así por motivos tan triviales, concluiría él por retirarles su atención con que les honrara hasta entonces.

VI

EL COMETA SALUDA EL DILUVIO DE 1811

I

— « Dios! que cambio tan grande desde el año último! » exclamó el Cometa de las flamantes crines cuando volvió á la Tierra en su última aparicion histórica ; ¿ es este acaso el mundo donde ha podido merecerse ahora poco há la tímida infancia de mi inflamada aureola ? ¿ es este aquel pueblo que yo ví tan pequeño y miserable , tan medroso y débil ?... Pero es que ¿ están muertos todos aquellos séres que yo he visto y oído aquí ? ; Hombres , pueblos , poblaciones , patrias ó naciones , todo trasformado !... ¿ Dónde están los bardos que me cantaban , haciéndome testigo de la constitucion céltica ? ¿ dónde están los monumentos druídicos y los altares ?...

« ¡ Ah ! prosiguió , ¿ qué revoluciones han debido ocurrir durante mi ausencia ! Yo no reconozco aquí ni los celtas ni los kimros , ni tampoco veo allá bajo á los medos ni á los griegos . ¿ Qué ciudad , pues , es esta ? Esto no es la Tierra . »

El Cometa , al espresarse así , no alcanzaba á darse cuenta de lo que estaba viendo.

Y aquella mutacion , aquel cambio existian realmente , y habíanse operado desde su última visita ; como que *nos referimos al año de gracia de 1811 en que tenia esto lugar , y la aparicion del Cometa en pleno sobre Paris.*¹

Para los astros en general , y en particular para los grandes Cometas , tres mil años es un período harto insignificante , y en el calendario de la eternidad no equivale ni siquiera á un segundo ; pero tratándose del hombre , ya sabes como yo , matemático lector , que tres mil años es una gran cosa ; si , ¡ una cosa bien grande y notable !

¹ El astro viajero , de cuya historia venimos ocupándonos , no es otro , en efecto , que el célebre Cometa de 1811. Fácil es recordar el prodigioso efecto que produjo la repentina aparicion de este astro magnífico , ocurrida en la tarde del martes 26 de marzo de dicho año , habiéndosele atribuido la causa del gran calor y de la excelente calidad del vino en ese año memorable , y así lo interpretaron y difundieron todos los periódicos en todos los idiomas. Unos enaltecian el suceso , otros lo calificaban de un modo funesto , aquellos veian en él la realizacion de la eterna profecía de Orval , estos lo interpretaban como el nuncio de salud y dicha que tenia predestinadas el cielo al rey de Roma que nacia entonces. Napoleon , puesto de bracos sobre el antepecho de una ventana de las Tullerías , preguntaba á su tío el cardenal Feuch su opinion sobre el nuevo astro. Paris entero se preocupaba del asunto , y no trascurrió el verano sin que invadiendo el caprichoso círculo de la moda , se confeccionaran á lo Cometa las corbatas , los sombreros , etc. , trayéndose y llevándose por dó quier ese nombre y aplicándose á todo ; y tanto ruido en fin produjo este acontecimiento , que se recuerda aun lo mismo hoy que ayer.

¡ Cuántas generaciones han atravesado el teatro del mundo desde el año 1254 antes de Jesucristo!... La Grecia, el Lacio y los reyes; la República latina; Cartago; el Norte; el Imperio romano; la ruina del Coloso; los Bárbaros; el Imperio de Occidente; la fundacion de los reinos franco, germánico y anglo-sajon; el paganismo; el cristianismo; el islamismo; los cismas; el renacimiento; el progreso y la decadencia del feudalismo; la monarquía; la república y el imperio: toda esta sucesiva série de cambios político-religiosos y de vicisitudes habia ocurrido en esta parte de nuestro planeta, sin que el Cometa cambiase su primer concepto. ¿ Qué hubiera, pues, sucedido si en vez de limitarnos á nuestra sociedad europea abarcáramos en conjunto el orbe entero? Toda la parte histórica de la existencia del hombre en la Tierra estaria comprendida entre estos dos términos — 1254 + 1811, que solo marcan para nuestro Cometa el intervalo de un año.

Su sorpresa estaba pues legitimamente justificada; como que desde la noche á la mañana, como suele decirse, habia pasado, sin apercibirse de ello, desde el imperio helénico de Troya, al imperio francés; desde Agamenon á Napoleon: no pudiera imaginarse cosa mas magnífica y extraordinaria.

II

DESDE AGAMENON Á NAPOLEON

Las ciudades y los pueblos habian cambiado: los unos habian desaparecido, mientras nacian los otros: la humanidad habia dado indudablemente un paso desde entonces. ¿Estábase en progreso ó en retroceso? ¿marchábase hácia atrás ó hácia adelante? El astro observador, fiel y sutil sobremanera, juzgó razonablemente que no se habia retrocedido. Mas no solamente era el hombre con todo cuanto le concerniera lo que habia cambiado, sino que la naturaleza entera habia sufrido una modificacion que parecia debida á otra cosa que á la mano del tiempo: las selvas permanecian limitadas y no ocupaban ya aquella inmensa estension que ocupaban antes: las aguas encauzadas en canales contruidos por la mano del hombre, desprendíanse diversificados estos de los grandes depósitos naturales primitivos; las lagunas estaban desecadas, y aparecian como fortificados los litorales; las campiñas estaban como atravesadas de líneas blancas, mientras que salpicaban los ribazos, graciosos caseríos escalonados y aldeas. Poblaciones industriales bordaban la ribera de los grandes rios que bañaran sus obras con su onda

rápida y apacible, y descollaban sus esbeltas formas sobre bosquecillos floridos, alternados de grupos pintorescos, matizados de aromáticos jardines que ceñían como vergeles olorosos aquellos grupos de habitaciones humanas; por manera que juzgó el Cometa con sobrado acierto que en aquella reducida comarca del hemisferio terrestre revelábase ya la huella del hombre y su presencia.

Sin embargo, el Cometa percibió allí todavía el estrépito de las armas....

— «¡ Todavía! exclamó. ¡ Ay! voy creyendo que no han podido desechar aun esa costumbre destructora de su especie! ¡ Pobres hombres! ¡ Un país tan hermoso como este! ¿ Por qué ese afán de verter sangre y regar con ella estas campiñas degradadas? ¿ No fuera mucho mejor trabajar pacíficamente bajo ese hermoso sol tan esplendente y benéfico? Seguramente no deben tener conciencia de su obra.»

III

LOS HECHOS Y HAZAÑAS DE LA HUMANIDAD

En el fondo del espacio silencioso é infinito no existen las distancias, y los órganos creados para poder percibir los sonidos mas débiles, podrian recibir una

comunicacion cualquiera á través del impalpable éter. Todo es relativo, hasta la intensidad del ruido, lo mismo que la intensidad de la luz. Cuando los Cometas invaden los desiertos lejanos de su mayor distancia, templan la celeridad de su marcha, como si en las profundidades del espacio prestaran á lo desconocido un oído atento.

Hay quien afirma que algunas veces, como dos almas simpáticas que al sufrir un destierro comun fraternizan, comunicanse los Cometas desde léjos sus impresiones á través de la inmensidad, y que templan sus momentos de displicencia en las latitudes solitarias y tenebrosas con discusiones amenas y conferencias íntimas sobre la naturaleza de las cosas y el destino de los séres que han visitado. Algunos años atrás nuestro Cometa reconoció en las soledades ultra-uranianas al Cometa de Halley, inferior á él mismo, si bien algo mas superior que los de mediana categoría. Los dos viajeros pusieron al punto en mútua armonía, y no tardaron á referirse confidencialmente sus mútuos recuerdos y observaciones.

— Yo he hallado bastante trasformada á la Tierra desde mi última expedicion, dijo la mayor y la mas antigua. Suceden las cosas demasiado pronto allí en ese mundo, y parece que uno de mis años equivale á tres mil de los de la Tierra y que en ese mezquino período de noventa generaciones tienen tiempo sufi-

ciente para nacer y morir. ¡Qué diferencia con Neptuno, donde al cabo del trascurso de seis mil años, no les he visto cambiar un ápice!

—Venerable anciana, repuso la otra, mis años son mucho mas rápidos que los vuestros, puesto que por cada una de mis revoluciones en torno de nuestro rey brillante, cuentan únicamente *setenta y cinco años* los terrícolas, y, si os digo la verdad, en tan breve intervalo apenas hay tiempo para crear y destruir en ese pequeño planeta terrestre, de modo que creo con fundamento que mi asombro ó, mejor dicho, mi sorpresa acerca de la frivolidad de todo lo concerniente al mismo, es en mi todo igual al vuestro.

—Con respecto á nosotros, parécenme esas gentes superficiales y á la vez activas, porque desde que existen hombres en la Tierra, la trasformacion progresiva de esta salta á la vista. Antes de la creacion de ese animal inteligente, recuerdo haber hecho veinte y treinta viajes sin haber notado durante ellos grandes trasformaciones en la superficie terrestre, mientras que luego, durante cinco años únicamente (el Cometa queria decir 15,000 años de los nuestros) ellos han hallado medio de construir, de demoler, de escavar, de colmar, de trasfigurar su patria, ni mas ni menos que si se tratara de una verdadera fantasmagoría.

—¿En qué año terrestre hicisteis vuestra penúltima aparicion, señor?

— Si no me engaña la memoria, hermoso niño, habrá como unos treinta siglos terrestres: no conozco mas que su pequeño calendario para precisaros en lo posible aproximadamente la fecha. En cuanto á mí, me encuentro en mis doscientos cuarenta y cinco años, porque contaba cuarenta y seis desde que ví por la vez primera la Tierra, desde cuya fecha he reaparecido ya doscientas veces.

El pequeño Cometa que sabia calcular perfectamente las fechas, dedujo por fin á bien poca costa que aquella penúltima aparicion databa por lo menos desde mediados del siglo décimo tercio antes de la era cristiana, porque sus frecuentes visitas á la Tierra, habíanle puesto al corriente sobre nuestra manera de contar, por años paganos ó de gracia; por lo cual no pudo menos de sonreirse al notar el asombro de su venerable compañero, con motivo de aquella série de cambios ocurridos en la Tierra desde aquella época. Como todas las personas impresionables, poseia la verbosidad en alto grado sensible, y anhelaba poder referir acto continuo sus observaciones personales sobre la humanidad terrestre; de todo lo cual llegó á apercibirse su colocutor.

— Querido viajero, le dijo, debeis saber indudablemente mucho mas que yo acerca del asunto que nos ocupa. Vuestras visitas á la Tierra han sido mas frecuentes que las mias, y, como es bien natural, ha-

breis podido seguir mas de cerca su historia. ¿Es que el estado de cosas que á toda hora tengo á la vista (referíase al año 1811) no siguió inmediatamente al que me ofreciera mi última residencia? Parece que media una gran laguna entre esos datos, y que es á vos á quien corresponde llenarla.

— Yo he venido cuarenta veces á la Tierra despues de vuestra penúltima expedicion, replicó el otro cometa, y en cada una de esas cuarenta veces debeis creer que he hallado siempre algo de nuevo: es tan corta la vida del hombre en este globo, que es cosa muy rara que pueda uno mismo haber visto dos apariciones mias sucesivas; antes por el contrario, no ha podido verme una sola vez la mayor parte. Y sin embargo, (añadió con un acento de profundo pesar) mis años son cuarenta veces mas cortos que los vuestros. De mis diferentes apariciones, es decir, de aquellas que recuerdo mejor, por haberme impresionado mas, á causa de haber sido yo acaso el punto objetivo de ellas, son las que han quedado en la Tierra mas marcadas, y llevan la fecha de las épocas de XII antes de la era cristiana, DXXXVII, MLXVI, MCCCCLVI, MDXXXI y MDCCLIX; y si os interesan esos detalles, yo tendré un verdadero placer tanto mas vivo cuanto me es raro, de referiros esa historia.

Como quiera que el Cometa se interesara extraordinariamente en los asuntos humanos, y que además, en

las profundas soledades que habia atravesado, no estaba orientado acerca de la sociedad del joven Cometa, prestó la mayor atencion al relato del astro viajero.

Entonces refirió como en el fondo del celeste Imperio chino en el año 12 antes de la era de gracia, bajo la dinastia gloriosa de los *Han*, sucesores de los *Thsin* el *Fong-siang-chi*, habiendo observado al Cometa por orden del emperador, habia reconocido en él un nuevo señal de la maldicion celeste contra *Thsin-chi-hoagti*, que, no contento con haber reducido á cenizas al Observatorio de la *Torre de los Espíritus*, mandada construir por el emperador *Wouwang*, habia hecho decapitar á los cuatrocientos cincuenta literatos mas sabios del imperio, mandando bajo pena de la vida que en el término de cuarenta dias fuesen quemados todos los libros clásicos de moral, de filosofía, de astronomía y de historia; como el astrónomo imperial (el *Fong-siang-chi*) habia aconsejado al príncipe pasar, como en el invierno, al salon situado á la izquierda del palacio negro, para ofrecer un sacrificio á *Hiuen-ming* y renovar simbólicamente la era de las ciencias, de las letras y de las artes; como el *Tat-sung-pe* habia congregado á los mandarines en rededor del trono imperial, lo mismo que cuando tuvo lugar el último eclipse, no solo por socorrer al astro, sino tambien para saludar su aparicion; como este ministro habia obligado al mismo emperador á batir « sobre el

tambor del trueno el redoble del portentoso, » y como toda la China estuvo materialmente levantada durante dos grandes meses terrestres....

Después refirió también como en el año de gracia 837 Luis el piadoso, hijo del sucesor de Carlomagno, arrodillado ante él en un extremo de la galería de su palacio, pedía la explicación de aquel anuncio que le enviara el cielo; como sus prelados habían respondido en lugar del Cometa mudo é insensible, y como el piadoso emperador había invertido los tres años últimos de vida que le restaban en la fundación de catedrales góticas, de ricas abadías, de suntuosos monasterios y en la dotación régia de las iglesias y de los conventos. Refirió también como en el año 1066 el duque Guillermo el Conquistador había dejado gritar en toda la Normandía: «*Nova stella, novus rex.*» nuevo astro, nuevo soberano; como dejándose guiar por el Cometa, marchó bajo su égida á la conquista de Inglaterra, ese episodio histórico-militar que puede verse hoy aun en la famosa tapicería de Bayeux, en la cual la reina Matilde, esposa del Conquistador, reprodujo los principales detalles de la conquista y trazó el retrato exacto del Cometa, brillando sobre las cabezas de una multitud de gentes que levantaban al cielo la vista con asombro y sus crispados brazos..... Relató también como en el año de 1456, hallándose en cruda guerra cristianos y musulmanes, vieron en el cuerpo come-

tario la forma de un sable inflamado, como presággio de horribles y sangrientas desgracias. Mahomet II que habia tomado por asalto á Constantinopla, proponíase hacer beber á su caballo en el altar de San Pedro en Roma, pasando luego á sitiar á Belgrado, el papa Calisto III pudo ver terriblemente amplificadas sus previsiones y sus temores, cuando tuvo lugar la aparicion del sable en el cielo; como este papa, exasperado ya, excomulgó á los Turcos y al Cometa mismo, y como instituyó la plegaria del *Angelus*, que debiera rezarse al medio dia á son de campanas, para atraer las bendiciones del cielo; como desde el principio de la espantosa y cruel carnicería que duró seis dias sin cesar, los hermanos Menores, sin mas armas que un crucifijo en la mano, « colocados en primera fila, invocaban contra el Cometa el exorcismo del papa procurando dirigir sobre sus enemigos la influencia funesta de la aparicion celeste.....» Dijo luego que fué tal la diversidad de sus efectos, que á su aparicion en 1531, Luisa de Saboya, madre de Francisco I, habiendo percibido tres dias antes de su muerte una gran claridad en su cámara, habia mandado correr un tapiz, quedando tan profundamente aterrada ante su vista, que no pudo menòs de gritar: « He ahí un señal que no parece tener relacion con una persona cualquiera de baja suposicion; Dios le envia indudablemente para nosotros los grandes. Cerrad pues la ven-

tana , es un Cometa que me anuncia mi muerte , ; preparémonos !.....»

Luego añadió en fin como desde su aparicion ocurrida en 1682 data su era histórico-astronómica , puesto que los elementos de su aparicion observada en dicho año , proclamaron su identidad con el Cometa de 1531 y 1607 y permitieron al sábio astrónomo Halley registrarle en el catálogo de la ciencia , dándole su propio nombre y profetizando su regreso para el año 1759.

IV

LOS HOMBRES Y LOS ASTROS

El Cometa empezó á referir entonces á su hermano mayor la historia general , sincrónica ó contemporánea de la sucesion de los imperios desde el año 1254 antes de la era vulgar , hasta el de 1835 época de su última aparicion sobre la Tierra. El gran Cometa experimentó una gran sorpresa al ver la rapidez con que los hombres tejen y destejen la trama de las nacionalidades en este planeta ; pero lo que mas exitó su asombro , y su sensibilidad , fueron los medios empleados por los habitantes de la Tierra para realizar sus conquistas recíprocas ; el hierro , la sangre , el refinamiento siempre odioso de la crueldad , la magnitud de esa tena-

ciudad tan ruin y miserable por parte de esos séres tan pequeños y frágiles, la temeraria presuncion de los grandes y la debilidad, en fin, nativa de los unos y de los otros. La historia universal parecióle un cuadro bien poco edificante; y si no fuera porque despreció desde toda su altura las pequenezas humanas, mas de una vez su larga cabellera hubiérase erizado sobre su frente ante la horrenda relacion que el pequeño astro cometario le hiciera.

Y así conversando en su marcha, continuaron cruzando el espacio hasta mas allá de Neptuno, sin apercibirse, al parecer, de ello. El Cometa de Halley continuó á su vez su biografía cosmopolita en estos términos:

—La Astronomía ha hecho tales progresos despues de unos setenta y cinco años, que desde mi aparicion en el de 1682 (estilo terrestre) el astrónomo que me dió su nombre, anunció mi regreso para el de 1759, lo cual no carecia por cierto de atrevimiento. Ya sabeis que sin hundirme tanto como vos en los abismos del espacio, — porque en una quincena de años, en 1873, puedo volver, mientras que vos continuareis vuestro viaje por espacio de quinientos años todavía; — ya sabeis, repito, que acostumbro á alejarme de la Tierra á mil doscientos millones de leguas, lo cual es bien poca cosa para nosotros, pero que para los habitantes de ese planeta es inmensa. En ese intérvalo suelen detenerme en mi marcha ciertos habitantes del espacio,

viéndome obligado á atenuar la celeridad de mis movimientos al atravesar la zona regional de sus dominios. Además, esos señores del Observatorio tienen tan perspicaz la vista, ó por mejor decir, parecen dotados de una intuición tal, que tiene algo de trascendental y admirable; de modo que, cuando al llegar al imperio astral de Júpiter, hallábame bastante tiempo enteramente fuera del alcance de su vista ayudada de los mas poderosos telescopios, creía poder escapar enteramente á su apreciación científica; pero nada de eso: Júpiter me hizo sufrir 518 días de retraso y Saturno 100. Todo pues había sido exactamente determinado, previsto y anunciado en el plazo de un mes próximamente. Nosotros nada tenemos oculto para los astrónomos.

Tuve la buena suerte de ser anunciado con una antelación de quince años por la mas hermosa cola que jamás se había visto, una cola séxtupla—que no me pertenecía por cierto, y así me apresuro á declararlo. —Ya habreis visto el otro dia á ese intrigante que pasa de una parte á otra, sin regresar jamás dos veces por el mismo punto, y que es tan *excéntrico*, que se ha vuelto *parabólico*; y habreis tambien observado que está adornado nada menos que de seis colas, todas las cuales le pertenecen. Pues bien, ese mismo astro es el que me servia de postillon ó precursor en 1744: fué el mas hermoso Cometa del siglo décimo-octavo del calen-



OBRAS PUBLICADAS

AUTORES NACIONALES.

- Aleman. — Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache. Dos t., 28 reales.
- Amadeo de Gault. — 4 t., 50 rs.
- Bojarull. — Hazafias y recuerdos de los Catalanes. 42 rs.
- Cervantes. — Novelas ejemplares. 2 t., 24 rs.
- Conde. — Historia de la dominacion de los arabes. 3 t., 42 rs.
- Fr. Luis de Granada. — Guia de pecadores. 2 t., 24 rs.
- Fr. Luis de Leon. — Nombres de Cristo. — La Perfeccion Casada. 2 t., 28 rs.
- Infante D. Juan Manuel. — El Libro de Palmaro, ó el Conde Lucanor. 12 rs.
- Melo. — Historia de los Movimientos, Separacion y Guerra de Cataluña. 48 rs.
- Mendoza. — Guerra de Granada. 12 rs.
- Moncada. — Expedicion de Catalanes y Aragoneses, contra Turcos y Griegos. 12 rs.
- Pedro Solo de San Miguel. — La Sagrada Biblia. — Nuevo Testamento. 4 t., 56 rs.
- Saavedra Fajardo. — Empresas politicas. 2 t., 28 rs.
- Santa Teresa de Jesus. — Vida de la Santa, escrita por ella misma. 14 rs.
- Camino de Perfeccion — El Castillo Interior ó las Moradas. — Conceptos de amor de Dios. — Poesias. 14 rs.
- Cartas, con notas de Fray Antonio de San José. 3 t., 28 rs.
- Cartas, con notas de Palau. 7 rs.
- Mendoza. 3 t., 42 rs.
- El Libro de las Fundaciones. 14 rs.
- Troebe y Costo. — El Castellano, ó el Principe Negro en España. 2 t., 28 rs.

AUTORES EXTRANJEROS.

- Ainé-Martin. — Educacion de las madres de familia. 2 t., 28 rs.
- Ariosto. — Orlando furioso. 3 t., 42 rs.
- Arlincourt. — El Peregrino. 44 rs.
- La Estrella polar. 14 rs.
- Escapones de una catedral. 12 rs.
- Los tres reinos. 14 rs.
- Boscher Glowé. — La Cabana del Tio Tom. 12 rs.
- Bianco. — Historia de Diaz años. 6 tomos de la Revolucion de 1830 á 1834. 7 t., 98 rs.

- Bizterro de Boisimont. — La menstruacion. 2 t., 20 rs.
- Créneau-Joly. — Historia de la Compañia de Jesús. 7 t., 98 rs.
- Dante-Alighieri. — La Divina Comedia. 12 rs.
- DeLuconpret. — Masaniello. 14 rs.
- Dev. y. — Historia del Hombre y de la Mujer casados. 10 rs.
- Destaret. — La Medicina de las pasiones. 2 t., 16 rs.
- Duguet. — Tratado de los principios de la fe cristiana. 3 t., 42 rs.
- Dumas. — Teatro. 1.ª serie. 44 rs.
- Du-Pay. — Instruccion de un padre á su hija. 12 rs.
- Fénelon. — Aventuras de Telemaque. 12 rs.
- Figuer. — Despues de la muerte. 16 rs.
- Filippon y Huart. — La Parodia del Juicio Errante. 2 t., 30 rs.
- Flammation. — Dios en la naturaleza. 16 rs.
- Historia del ciclo. 28 rs.
- Lumen. — Historia de un comedia en el infierno. 14 rs.
- Pluralidad de mundos habitados. 14 rs.
- Gioja. — La Ciencia de querer y de ser querido. 14 rs.
- Goethe. — Fausto, poema. 12 rs.
- Grosat. — Marcos Visconti. 14 rs.
- Gutzet. — Historia de la Civilizacion en Europa. 14 rs.
- Harrison. — La Torre de Londres. 2 t., 28 rs.
- Hidrelin. — El Esclavo blanco. 12 rs.
- Jorge Sand. — Della-espirdion. 2 t., 28 rs.
- Le-nadion. — Historia de la Revolucion de Francia en 1848. 42 rs.
- Mignet. — Antonio Perez y Felipe II. 42 rs.
- Pezzani. — La Pluralidad de existencias del Alma. 14 rs.
- Saindine. — Historia de la hermosa Cordelera. 12 rs.
- San Alfonso Maria de Ligorio. — Lexicon Theologico-Moralis. 14 rs.
- Silvio Pellico. — Mis prisiones y Deberes del hombre. 14 rs.
- Stolberg. — Historia de N. ro. Sr. Jesucristo. 2 t., 28 rs.
- Zoullé. — Sataniel. 14 rs.
- Sue. — Martin el Exposito. 3 t., 66 rs.
- El Castillo del Diablo. 14 rs.
- El Juicio Errante. 7 t., 98 rs.
- Los Misterios de Paris. 8 t., 70 rs.
- Arturo. 2 t., 28 rs.

EN PUBLICACION. — Obras de Camilo Flammarion, de Luis Figuer y de Andrés Pezzani.